

# Revival paulino

Giorgio Agamben

*El tiempo que resta. Comentario a la Carta a los Romanos*  
Trotta, 2006

Llama la atención, aunque a decir verdad a uno a estas alturas de la película no le extraña ya casi nada, las referencias crecientes a personajes o textos del santoral, bíblico o apostólico, y así, si hace poco nos invadía la “moda Judas” —a la que me referí en otro lugar— ahora parece que quien brilla por su presencia apabullante es Pablo de Tarso, y lo que realmente sorprende es que quienes traen a colación al artifice de la fundación del cristianismo como institución —considerado muchas veces como un arribista sin escrúpulos, un chaquetero de tomo y lomo, y un misógino de armas tomar, véanse las descalificaciones del filósofo normando Michel Onfray— son filósofos a quienes se podría situar en horizontes netamente profanos, y hasta materialistas. Ahí están algunos de los más preclaros representantes del pensamiento resistente y crítico actual, pensadores empeñados en la lucha contra la estupidez ambiente, Alain Badiou que habla del apóstol como el “fundador del universalismo”; Mehdi Belhaj Kacem siguiendo a la vera del maestro francés, Slavoj Žižek considerando al de Tarso como el “primer Lenin”, organizador de vanguardias, por no referirme a otros de menor renombre. Si éstos, no obstante, centran su mirada en los aspectos relacionados con la refundación del sujeto revolucionario, por la senda de un marxismo postalthusseriano y otros post, el italiano Giorgio Agamben toma como centro de gravedad la tarea de “restituir a las Cartas de Pablo su rango de textos mesiánicos fundamentales de Occidente”.

Vayan de todos modos, antes de entrar en harina, un par de puntualizaciones con respecto al santo aludido: por una parte, no estaría de más tomar con pinzas al personaje y sus textos, que en cierto sentido podría considerarse casi como “un ser de ficción” —precisamente por todo lo que se ha escrito de él—; por otra, nada hay que objetar a las referencias apostólicas o a cualquier otra, ya que como dijese Aristóteles en su *Retórica*, qué es la filosofía sino la capacidad de relacionar por medio de metáforas, analogías...distintas ideas y palabras.

Desde la enunciación de intenciones con la que se inicia el libro, y que he transcrito líneas más arriba, parece claro que los otros intérpretes paulinos antes nombrados están en el punto de mira de Agamben, por su visión escorada del mensaje de Pablo...y por el olvido —coincidente con el olvido tanto de la Iglesia como de la Sinagoga— del carácter absolutamente mesiánico de los escritos del epistológrafo. Convertido en filólogo puntilloso, mostrando plena probidad hacia algunos términos de Pablo (*Klétos*, *Aphorisménos*, *Euaggélion*, *Katargein*, etc.) y en intérprete

riguroso —téngase en cuenta que analiza fundamentalmente las primeras líneas del texto nombrado en el título de la obra y del seminario que dio lugar a ella— de la literatura paulina, por momentos parece que estuviésemos ante un escrupuloso rabino, de los que hila fino al leer el Libro. Destaca desde el inicio que lo que le interesa especialmente es “incidir en la aporía que afecta a la estructura misma del tiempo mesiánico, la conjunción particular de memoria y esperanza, de pasado y presente, de plenitud y deficiencia, de origen y fin que ello implica”, es decir, el estudio de la concepción del tiempo que está en juego e “intentar comprender el sentido y la forma interna del tiempo que Pablo define como *ho nyn kairòs*, el ‘momento presente’” (estado de la naturaleza, de la ley y de la gracia correspondiendo a la tríada judíos, paganos y cristianos); se muestra así el italiano seguidor de Michel Foucault que no olvidemos se empeñaba en llevar a cabo una “ontología del presente”. La lectura se realiza en paralelo a nuestros tiempos y con contemporáneos se las ve: Rancière, Derrida, y con las interpretaciones sobre la actualidad, y recurre para ello a rastrear por los intentos por “micrologías” de Adorno, al extraño y pesimista sentimiento mesiánico de Kafka, a las teorizaciones sobre la excepcionalidad de aquel “apocalíptico de la contrarrevolución” de nombre Carl Schmitt (“*ex-ceptio*, captura de lo que está fuera”), y especialmente a aquel anunciador de un “mesianismo sin mesías”, Walter Benjamin, de quien por cierto es estudioso y editor el filósofo italiano. Precisamente cerca de la interpretación anarco-nihilista de este último se posiciona Agamben, frente al mesianismo de clase de Marx, el de partido de Lukács, o el ético-libertario y rebelde de Stirner.



Evitando verse atrapado por las redes de las interpretaciones jurídicas —siguiendo también en esto al último Foucault, el del biopoder— e invirtiendo el principio-esperanza blochiano que hablaba de lo “no siendo todavía”, Agamben se sitúa como si ya el tiempo del fin estuviese a la orden del día... y en vez de actuar como si...se sitúa en un “*como no*” [*hos me*] acorde con estos tiempos en los que todas las divisiones y condiciones jurídicas y sociales (como Pablo convierte en inoperante la Ley) devienen ya “inoperantes” o “suspendidas”... derivas eruditas por las aguas de un “mesianismo nihilista”, que nada tiene que ver con “el universo kafkiano de la gracia” ni con el “universo kafkiano de la ley” ni con otras interpretaciones ya mentadas.

Iñaki Urdanibia